

EL PUNTO DE VISTA DEL INTA

Dr. ADOLFO COSCIA

En primer lugar deseo agradecer a la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, tanto por el homenaje que se le rinde al INTA con motivo de su trigésimo aniversario de vida, entidad a la que pertenezco, como por el hecho de que se me haya invitado a integrar este grupo tan selecto de expositores.

Se me asignó para esta sesión académica el tema INTA. Lo abordaré a través de dos enfoques distintos: en primer lugar, sobre la comunidad tecnológica agropecuaria y su aporte al desarrollo de nuestra agricultura y, en segundo lugar, me referiré al INTA a través de sus rasgos institucionales más salientes y del proceso de reestructuración en que se encuentra actualmente.

Con relación al primer aspecto, constituye sin duda una iniciativa muy feliz de la Academia habernos convocado para esta revisión o, mejor, para este balance del último cuarto de siglo de la tecnología agropecuaria en la Argentina. Por cierto que es una buena oportunidad para que tanto quienes componemos esa comunidad y somos responsables de la generación de los cambios o innovaciones técnicas, como los productores que asumen el rol de aplicadores o adoptadores de esos cambios, hagamos un alto en nuestra tarea diaria para echar una rápida mirada retrospectiva.

A poco que observemos el camino recorrido, tanto los técnicos como los

miles y miles de productores argentinos podemos sentirnos particularmente orgullosos de los logros operados en este lapso. Me atrevo a afirmar que en ninguna otra actividad de nuestra economía se operaron avances tan significativos en base a aportes tecnológicos nacionales, hecho que les acuerda una relevancia aún mayor.

Nuestra agricultura, particularmente la pampeana, incorporó nuevas técnicas al mismo ritmo que lo hicieron los países más avanzados, aunque, naturalmente, ajustadas a las condiciones económicas muy particulares dentro de las cuales tuvo que desenvolverse. Es sabido que dentro del amplio espectro de las innovaciones tecnológicas hoy potencialmente disponibles, muchas de ellas exigen para su adopción de insumos relativamente costosos e inversiones de cierta magnitud, para lo cual se requiere, como condición necesaria, cierto nivel mínimo de precios relativos y una adecuada rentabilidad de la empresa.

Este último término de esa ecuación —el de los precios relativos y la rentabilidad— a diferencia de la gran mayoría de los países, incluso de nuestros principales competidores, en las últimas décadas fue particularmente crítico en el caso de nuestro país. Ello nos impuso un desarrollo tecnológico que se aparta de los patrones de otros países, y que no pudo expresar a pleno todo

su potencial productivo en nuestro caso.

Pero de cualquier manera producimos los granos y la carne a los costos más bajos del mundo, y esto es decir algo; yo diría, es decir mucho. Ya nuestros procesos productivos los estamos conduciendo con nuestra propia tecnología. El agro argentino no necesita pagar "royalties" al extranjero, aspecto al cual son muy propensos otros sectores de nuestra economía.

Los cambios operados en nuestra agricultura en este cuarto de siglo fueron realmente profundos, especialmente en la región pampeana, tanto que a nuestro juicio comportan una verdadera revolución. Sus manifestaciones son múltiples. En el requerimiento de trabajo humano por unidad de producción se han logrado avances realmente espectaculares, tanto que en la mayoría de los cultivos agrícolas extensivos se redujo a menos del 10 % del que insumía cuatro o cinco décadas atrás y nos ubica prácticamente al mismo nivel de los países más desarrollados.

En los rendimientos unitarios también se avanzó significativamente, aunque no en la misma medida de los países que pueden emplear los distintos insumos en forma casi irrestricta. No quisiera abrumarlos con cifras, pero en este caso se impone dar algunos datos numéricos. En los últimos 25 años los rendimientos de los cinco cultivos básicos se incrementaron en los siguientes porcentajes: maíz, 85 %; trigo, 55 %; sorgo granífero, 90 %; girasol, 110 % y soja, 120 %. Hoy producimos en promedio casi el doble por hectárea de lo que obteníamos hace un cuarto de siglo.

Estos incrementos de rendimiento de nuestros principales cultivos se obtuvieron en condiciones, si me permiten la expresión, de "stress" económico —casi permanente—. Los precios internos, en términos relativos,

fueron invariablemente más bajos que los que primaron en otros países, aún en los que también disponen de ventajas comparativas a nivel internacional y son exportadores de estos productos.

Esas condiciones económicas, como ya se dijo, nos llevaron a renunciar por razones de precio al empleo de ciertos insumos de gran impacto en los rendimientos, siendo su expresión más concreta la ausencia casi total de fertilizantes y el bajo empleo relativo de plaguicidas químicos en nuestra agricultura.

En la ganadería bovina, si bien muy afectada por una fuerte depresión de los precios que duró bastante más de diez años, por mucho la más larga de nuestra historia, también se operaron avances importantes en el proceso productivo y, particularmente, en el desarrollo de nuevas tecnologías que seguramente serán adoptadas por nuestros ganaderos en los próximos años.

Hemos incorporado y seguimos incorporando primordialmente tecnologías de bajo costo o de costo cero a nuestra agricultura; tecnologías que demandan "ingenio" más que erogaciones financieras. Por tanto, gran parte de esos aumentos de los rendimientos se deben mucho más a los proveedores de "materia gris", sean técnicos o productores, que a los proveedores de insumos físicos o de origen industrial, generalmente de alto costo relativo.

Retomando el tema rendimiento de nuestros cultivos extensivos, aspecto al que nos referimos más arriba, no parecería aventurado afirmar que un porcentaje muy significativo de los incrementos operados en los últimos 25 años —seguramente más del 50 %— son imputables a tecnologías de muy bajo costo, en especial al insumo que hemos denominado, precisamente, "materia gris".

Este mismo planteo puede hacerse extensivo a los restantes rubros de

nuestra actividad agropecuaria, aunque la proporción puede ser distinta en cada caso.

Trataremos de cuantificar este concepto, aunque muy a mano alzada ya que tenemos que valernos para ello de estimaciones muy gruesas. De los once o doce mil millones de dólares anuales a que asciende nuestro Producto Bruto Agropecuario, a valores promedio, no parecería exagerado estimar que entre 15 y 20 % —aproximadamente unos dos mil millones de dólares anuales— corresponde al rédito de ese recurso abstracto proporcionado por la tecnología moderna que se conoce como "know-how" que fuimos incorporando a nuestra agricultura a través de este último cuarto de siglo.

Aún admitiendo que esta estimación pueda adolecer de un margen de error importante, surge muy claramente la magnitud del beneficio que se obtiene en relación a las erogaciones que demanda, que obviamente son mucho menores, hecho que nos reafirma en la creencia que los recursos que se afectan al desarrollo tecnológico agropecuario constituyen una muy excelente inversión para el país.

Avanzando aún más en esta línea de pensamiento me atravesaría afirmar que, seguramente, fue la mejor asignación de recursos que hicimos los argentinos en las últimas décadas, aspecto del cual nuestra ciudadanía, lamentablemente, parecería no tener plena conciencia.

El impacto de la moderna tecnología no se limitó al área estrictamente agronómica o de la producción. Golpeó hondo en nuestra sociedad rural produciendo cambios cualitativos y cuantitativos muy profundos en las condiciones de vida, siendo los más significativos la humanización de las tareas rurales y la fuerte reducción del requerimiento de mano de obra a que ya hicimos referencia.

Es muy cierto que este último aspecto dio lugar a un éxodo rural muy pronunciado y al crecimiento desmedido de algunas ciudades, con toda su secuela de problemas que hoy padecemos. No es menos cierto, sin embargo, que ello no es imputable a la tecnificación en sí, sino a nuestra incapacidad de encauzar ese proceso migratorio de acuerdo a pautas más lógicas y más acordes con las características y conveniencias del país.

Corresponde señalar, asimismo, que hasta el presente los mayores esfuerzos se orientaron, inducidos por las demandas concretas del medio, con una preponderancia tal vez excesiva hacia la generación y transferencia de innovaciones tecnológicas de naturaleza productivista. En estos últimos tiempos, sin embargo, se están introduciendo ajustes en este sentido, apuntando a poner mayor énfasis, en términos relativos, en el área de las tecnologías que pueden calificarse como de conservacionistas. Ello es fruto de una creciente revalorización de la importancia de preservar los recursos naturales, particularmente el suelo, a través de un uso más racional que no afecte su potencial productivo.

Entrando en la segunda parte del tema, pasemos a reseñar, aunque muy brevemente, los rasgos institucionales más salientes del INTA y el proceso de reestructuración en que se encuentra actualmente.

Quienes crearon esta Institución, y quienes la dirigen en estos momentos, son plenamente conscientes que todo organismo de investigación, especialmente cuando opera en el plano tecnológico, no debe aislarse del medio al cual debe servir y de la problemática a la cual debe dar respuesta. En caso contrario, se corre el riesgo, tanto de perder la motivación o estímulo que significa sentirse convocado o desafiado por los problemas reales que plantea ese medio,

como también de desviarse de sus objetivos y minimizar la trascendencia de su esfuerzo detrás de falsas prioridades.

Ello se ha logrado plenamente con la presencia activa de los representantes de las entidades de los productores en todas las instancias, desde los Consejos Asesores de las Agencias de Extensión hasta en el más alto nivel de decisión de la Institución que es su Consejo Directivo.

Si bien el INTA no pudo sustraerse totalmente a los profundos vaivenes institucionales y políticos que afectaron tan hondamente al país en las últimas décadas a nivel de los distintos estamentos de su personal, particularmente del técnico, supo mantener a través del tiempo un encomiable espíritu de cuerpo que posibilitó preservar su perfil y su identidad, como también asegurar la continuidad en su esfuerzo.

Todo ello se lo debemos a ese reducido grupo de hombres que echaron las bases de la Institución y supieron imprimirle la impronta de una conducta y un estilo, generando en todos sus cuadros una clara vocación de trabajo, que sigue perdurando en el tiempo. A esos hombres, que tienen sobrados títulos para sentirse hacedores del INTA, vaya todo nuestro reconocimiento.

Con relación a los demás componentes de la comunidad tecnológica, la Institución ha explicitado desde hace varios años su posición de no constituirse en competidor de los técnicos que actúan en forma profesional o en instituciones privadas, como tampoco de los otros organismos dedicados a la investigación. Por el contrario, su propósito es complementar el esfuerzo de los mismos y apoyarlos técnicamente en todos los campos que éstos lo requieran. A ello apunta el objetivo de estructurar, gradualmente, lo que podríamos denominar un "sistema coordinado de extensión y transferencia de tecnolo-

gía", procurando que las distintas partes integrantes actúen coordinadamente, potenciando así el esfuerzo de todos y asegurando un mayor impacto sobre el sector agropecuario.

El INTA se encuentra actualmente en un proceso de revisión y reestructuración muy marcado que alcanza a todos sus niveles. Uno de los aspectos más salientes de este proceso lo constituye su descentralización, que fuera dispuesta oficialmente por un decreto del Poder Ejecutivo Nacional, y que actualmente está en vías de concreción, siendo una de las primeras instituciones que se incorporaron decididamente a las pautas trazadas por el Gobierno en esta materia.

En este sentido el país fue dividido en quince regiones que contarán con sus respectivos Consejos Regionales integrados por representantes de las entidades de productores de mayor relevancia en cada región, de las Facultades de Agronomía y de Veterinaria, de la comunidad científico-tecnológica y de los Ministros de Agricultura de las respectivas provincias.

Confluyen de esta manera a la conducción regional los principales agentes del medio vinculados al desarrollo tecnológico, coronándose así la vocación participativa del INTA, consciente de que es la vía más adecuada para lograr una mejor inserción en el contexto del sector al que debe servir y enriquecer el esfuerzo institucional.

La reestructuración de su Dirección Nacional y la reciente creación de las Direcciones Regionales, instrumentadas a través de una equilibrada descentralización de funciones y responsabilidades, asegura un mejor ensamble de su accionar operativo y posibilita tanto una mayor celeridad en las decisiones como una mejor percepción de los problemas de cada región.

Otro aspecto igualmente relevante lo constituye la planificación estratégica, o de largo plazo, a que se en-

cuentra abocada la Institución actualmente. Se ha elaborado para ello una cuidada metodología de trabajo que le asegura racionalidad y consistencia a este esfuerzo. En este sentido corresponde rescatar el hecho de que se ha comenzado por elaborar un diagnóstico amplio del sector agropecuario, del cual habrán de surgir tanto un relevamiento completo de la demanda tecnológica del sector, con su correspondiente priorización, como una adecuada identificación de las líneas de investigación de punta, en las que por lógica habrá de ponerse mayor énfasis. De esta forma se establecerán pautas objetivas para la asignación más eficiente de sus recursos, tanto los humanos como los materiales. Todo ello habrá de asegurar, aún más, que en el futuro el accionar de la Institución estará al servicio de los grandes objetivos nacionales y de los intereses del productor y de la familia rural.

Como una alternativa superadora de la concepción un tanto perimida de la subsidiaridad del Estado, por lo menos dentro del área que nos ocupa, el INTA está comenzando a adoptar una nueva modalidad operativa, que se perfila como muy promisoriosa, consistente en los emprendimientos conjuntos con entidades del sector privado vinculadas a la actividad agropecuaria. Esta innovación, por otra parte, coincide en términos generales con una modalidad que también están comenzando a aplicar los organismos similares de los países más avanzados.

En este sentido se considera que, a través de una equilibrada simbiosis con la actividad privada, es factible potenciar tanto el esfuerzo orientado a la investigación y desarrollo de nuevas tecnologías, como su posterior etapa de producción y comercia-

lización de sus logros por la actividad privada a través de una secuencia ordenada y racional. Dentro de esta nueva línea de acción se firmó el primer convenio de emprendimiento conjunto hace poco más de una semana y existen otros en avanzadas etapas de negociación.

Entre las innovaciones que se están introduciendo corresponde destacar también el mayor énfasis que se le está asignando a la experimentación adaptativa. Esta línea de trabajo tiene como objetivo validar los logros de las Estaciones Experimentales, tanto a nivel de los distintos sistemas de producción como en áreas con condiciones de clima y suelo un tanto diferentes a las de los centros de investigación.

Otra de las prioridades institucionales la constituye la intensificación del intercambio con los principales centros de excelencia del mundo. El desarrollo científico y tecnológico orientado a fines pacíficos desborda el marco de las fronteras de los distintos países y tiende a abarcar regiones mucho mayores e, incluso, a universalizarse. También se procura elevar el nivel de capacitación de su personal técnico a través de cursos de post-grado en el país y en el extranjero, encuentros y giras de perfeccionamiento, etc., consciente de que los recursos humanos constituyen el principal patrimonio.

En resumen, si bien el INTA está pasando por un momento particularmente crítico en cuanto a sus recursos financieros, como también en materia de restricciones administrativas, quienes lo integramos somos optimistas porque estamos convencidos que la Institución se encuentra en el umbral de una nueva etapa, aún más rica en posibilidades, de su fecunda trayectoria. Nada más.